

MADRE TRINIDAD DE LA SANTA MADRE IGLESIA
Fundadora de La Obra de la Iglesia

Separata del libro:

“LA IGLESIA Y SU MISTERIO”

NOTA.- Podría existir algún salto en la numeración por la eliminación de páginas en blanco en esta edición electrónica.

Con licencia del arzobispado de Madrid

© 1991 EDITORIAL ECO DE LA IGLESIA, S.L.

I.S.B.N.: 84-86724-01-5

Depósito Legal: M. 38.253-1991

LA OBRA DE LA IGLESIA

MADRID – 28006

ROMA – 00149

C/. Velázquez, 88

Via Vigna due Torri, 90

Tel. 91. 435 41 45

Tel. 06.551 46 44

E-mail: informa@laobradelaiglesia.org

“¿QUIÉN COMO DIOS!”

¡Qué feliz es Dios...! Y ante esta realidad terrible de mi Dios feliz, todo lo demás no es. Porque, ¿puede haber alegría más grande, para el alma enamorada, que saber que su Dios es tan dichoso?

Alma enamorada del Infinito, ¡si supieras lo feliz que es Dios...!, ¡si barruntaras por un instante esa felicidad eterna en la cual el Increado se es infinitamente dichoso en sí mismo y por sí mismo...!

¡Oh...! “¿Quién como Dios...!” ¿Quién como el Ser que se es, por sí mismo y en sí mismo, su subsistencia infinita, en tal perfección que todo lo que Él es, siempre se lo está siendo, sin principio y sin fin, en una alegría eterna de júbilo infinito y en una comunicación trinitaria de amor mutuo...?

“¿Quién como Dios...!” es el júbilo glorioso de todos los bienaventurados que contemplan cara a cara la realidad terrible del que Se Es.

“¿Quién como Dios...!” grita mi alma, siendo eco de aquel cántico eterno que los bienaventurados cantan al Infinito.

¡Oh...! ¡Qué feliz es Dios, que, en sí mismo posee la plenitud infinita y eterna de alegría que es todo su ser...! Todo Dios es un piélago sin riberas y sin fin de felicidad. Y en sí mismo Él es eternamente saciado en esa inmensidad felicísima de su ser, que no le deja lugar para desear nada, por perfección de su misma infinitud, la cual sacia infinitamente a la eterna Trinidad en su Unidad simultánea.

¡Qué feliz es Dios en sí mismo, por sí mismo y para sí mismo...! “¿Quién como Dios!”, que no necesita de nada ni de nadie para ser feliz, para ser dichoso, para ser amor, para ser... para ser... ¡para ser Uno y para ser Tres!

Todo mi Dios es abarcadamente feliz; y eso que Él se es, por sí mismo se lo es, en un señorío infinito de alegría eterna.

¡Oh Resplandor eterno del Padre, “Figura de su Sustancia”!, ¿quién como Tú...? ¿Quién cantará como Tú ese Cántico nuevo, esa Canción inagotable de la dicha divina que sólo Tú sabes cantar...?

¡Oh Paternidad increada de sabiduría divina!, ¿quién como Tú sabrá de Paternidad fecunda, de tal forma que todo lo que es increado y creado, en tu Hijo, es dicho por ti...?

¿Quién como Dios!, que su decir eterno es engendrar a su misma Felicidad infinita en alegría cantora...

¿Quién como Dios!, que todo Él, de tanto serse felicidad, se es un júbilo de amor en Persona...

¿Quién como Dios!, que, de tanto amarse en sí mismo y por sí mismo, Tres se es, siendo todo el amor increado Persona Amor para mejor poderse amar, en una alegría de felicidad infinitamente trascendente y amorosamente amante, en el saboreo dichosísimo de la Familia Divina, donde, en recreo infinito, mis tres divinas Personas se son un júbilo de amor en su gozo eterno...

¡Oh, qué feliz es Dios...! ¡Tanto, tanto, tanto...! que yo me voy a morir de alegría solamente por saber un poquito lo feliz que Él se es.

Si alguien busca la felicidad, que venga a la Boca de la fuente y apercibirá el Cántico de júbilo infinito que es Dios; y romperá en una alegría incomprensible ante el bien del Amado, gozándose en que Dios es feliz, y siendo él totalmente dichoso ante la irradiación felicísima del Ser que, aun en la tierra, le hará bienaventurado.

Los hombres han dejado a Dios, que es Fuente de vida divina, y “se han hecho cisternas rotas” con las que su sed se hace cada vez más implacable y su tortura más triste; porque, al perder a Dios y vivir sin Él, andan resacos en el desierto, donde el fuego de las pasiones les cegó, no pudiendo así dar con la Fuente de la Vida ni con sus refrigerantes aguas de felicidad amorosa.

Alma sacerdotal, no te mires. Gózate conmigo en que Dios es feliz; alégrate diciendo con el Arcángel: “¿Quién como Dios...!”

Si “olvidas tu pueblo y la casa de tu padre, codiciará el Rey tu hermosura”. Vuélvete a Él y verás qué feliz es y qué feliz te hace a ti. Olvídate para que entres en el gozo de tu Señor y sepas lo dichoso que es Dios.

Tú que dices que amas, gózate en que tu Dios es feliz, aunque no lo sientas, aunque no lo experimentes, aunque nunca lo hayas sentido. Eso no importa. ¿No dices que amas a Dios? Pues el amor se goza en el bien del amado, no porque éste se le dé, sino porque su amado es feliz.

Olvídate de ti y gózate, no en que tú experimentes a Dios feliz, sino en que Dios es feliz; no en que tú lo sepas, sino en que Él lo es; no en que tú lo vayas a gozar, sino en que Él se lo goza. Pues muestras tienes de amor dadas por el Amor Infinito, ya que, sin necesitar de ti para nada y saliendo de sí —sin salir—, saltó a la tierra para mostrarte su amor y hacerte dichoso, llegando a dar la vida por ti en la cruz, donde entonó para ti su cántico de olvido total, enseñándote así a no mirarte y a mirarle a Él.

Alma sacerdotal, sal de ti, vente conmigo a las regiones eternas, y allí, sientas o no sientas, gózate en que Dios es feliz, entonando ese “¡sólo Dios!” que todos los bienaventurados cantan al Inmenso, ante la sorpresa eterna de la Felicidad infinita rompiendo en Tres.

¡Qué feliz es Dios...! ¿Quién como Él? ¿Quién puede aumentar a su felicidad ni un ápice...?

¿Quién, por sí mismo, puede hacer tan feliz a nadie...? ¡Sólo Dios!

Mi alma enamorada necesita cantar, en un júbilo de amor glorioso, la felicidad eterna de mi divino Amor, para que todos los hombres, atraídos al olor de sus perfumes, corran en pos de Él para glorificarle, gozándose en que Dios sea Dios.

¡Qué feliz es Dios y qué felices todos los bienaventurados de saber a Dios tan feliz!, ya que su amor puro, estando en su centro, es eternamente dichoso con el gozo del Bien amado.

¡Oh, qué contento es Dios y qué dicha tiene mi alma, sin poderlo decir y sin poderlo saber, de que Dios se sea tan contento...!; pero yo sé que mi Dios es feliz y esto me basta, sin saber.

Tú, cualquiera que seas, ¡no te mires!, que Luzbel, por mirarse, cayó. Remonta tu vuelo y grita con el arcángel San Miguel: “¿Quién como Dios...!” Y entonces podrás esperar aquel día eterno, en el cual la Felicidad infinita, envolviendo tu ser, te hará eternamente dichoso, porque en el destierro, sin saber, olvidado de ti, gozándote en que Dios es feliz, le glorificaste con este grito amoroso de alegría: “¿Quién como Dios!”

Amor... ¡qué pobre es mi cántico a tu Amor infinito! ¡Si yo te canto sin saber y sin poderte decir...! ¡Si mientras más digo de ti, más te profano...!

Pero yo no quiero ser “la voz del que clama en

el desierto”; pues, si consiguiera que sólo un alma te amara un poquito más, daría por bien empleada toda mi vida en este cántico de amor que me inmola, en el cual tu amor me pone, y en este himno que has hecho de mi ser y que yo te entono a ti, sin saber.

Sí, toda mi vida un canto para cantar a Dios, para decir su gloria hasta morir de amor.

Toda mi vida un canto para gloria de Dios en el seno bendito de mi Madre la Iglesia, cantando la alegría de mi divino Sol.

Y aunque nadie se entere y aunque nadie me escuche, mi vida será un cántico a la gloria de Dios...

Toda mi vida un canto para decir la dicha de mi eterno Amador, muriendo de alegría al saber un poquito el contento de Dios.

¡Amor... Amor...! ¡Toda mi alma, don a tu Don; que, en respuesta amorosa, te dice: gracias, Amor, de que Tú seas tan feliz, de que Tú seas tan dichoso sin mí, en ti...! ¡Gracias, Amor! Yo nada tengo, yo nada sé. Sólo puedo, en respuesta de amor a tu dicha, retornarte mi don de alegría a tu Don.

¡Qué silencio en el serse del Ser...! ¡Qué alegres todos los bienaventurados con la alegría de Dios...!

Al menos vosotros, mis almas hijas, venid y gozaos en que Dios es feliz. Venid a este festín del amor eterno, donde todos los ángeles y

santos, en una alegría cantora, entonan su: “¿Quién como Dios!”

¡Oh terrible desatino el de Luzbell!, que después de mirarse y rebelarse, tiene que estar eternamente en un “¿quién como Dios!”, entre las oscuridades mortíferas del infierno...

“¿Quién como Dios!”, gritan los condenados, ante esa terrible realidad que se ha convertido para ellos en tristeza indecible, porque en la tierra, ante el grito de “¿Quién como Dios!”, respondieron, mirándose a sí mismos: ¿Quién como yo...?

“¿Quién como Dios!”, grita el Purgatorio, en una esperanza de amor que promete a los que en él están llegar un día a gozarse sólo en que Dios sea Dios. “¿Quién como Dios!”, dicen todas las almas que están purgando el desamor al Amor Infinito por haberse mirado a sí mismas.

Tú, alma querida, cualquiera que seas, aún estás a tiempo. ¿Cuál es el grito que de tu ser se escapa, ante la alegría eterna y el júbilo de Dios que yo te canto...? ¡No te mires!, porque del camino del Purgatorio al camino del Infierno hay un paso; y del Infierno al Cielo, un gran abismo que separa el grito glorioso de: “¿Quién como Dios!”, que en júbilo eterno se canta al Amor Infinito, del grito desesperante de: “¿Quién como Dios!” que todos los condenados entonan a la fuerza, en una tristeza total y en una desesperación absoluta de amargura y remordimiento eternos.

Alma querida, hija de mi alma Iglesia, grita: “¡sólo Dios!”, llena de alegría, para que tu grito se convierta en gozo que glorifique al Inmenso en su contento eterno. Gózate en que Dios es feliz. Olvídate de ti aquí para que te encuentres allí en la alegría de los bienaventurados.

Hijos, ¡no os miréis...! ¡Sólo Dios...! que, si alguna de mis ovejitas se extravía, habremos quitado mucha gloria al Infinito.

Amor, mi alma con todas mis almas –todas, todas las almas son mías– se presenta a ti implorando tu piedad, y, como perfume oloroso subiendo hacia ti, te grita: ¡Tú sólo Santo, Tú sólo Altísimo, Tú sólo Señor; a ti sea dada la gloria por infinitos siglos!

Dios mío... ¡Qué feliz soy de que Tú seas tan feliz!; y ¡qué pena tengo de que las almas, ante mi pregón de tu amor infinito y gozo eterno, se queden indiferentes!

Pero escucha, Amor: mientras mi destierro se prolongue, yo seré un cántico de amor y alegría a tu júbilo infinito, dándote mi don, aunque, ante mi cántico insistente, muchos se rían por creerlo desvarío.

¡Amor...! ¡Amor...! Toma mi don de respuesta amorosa a tu Don; toma mi canto en respuesta a tu Cántico de júbilo infinito.

¡Qué alegría tengo de que Tú seas tan feliz en ti, sin mí, por ti! Y éste es mi gozo. Pues yo no tengo más gozo que gozarme en saber lo feliz

que eres y en gritar: “¿Quién como Dios!”, desde el destierro en que me encuentro, para cantarte a ti.

¡Amor... Amor...! ¡Silencio...! ¡Adoración...!, ¡que, en su júbilo eterno de alegría cantora y de amor infinito, Dios se es feliz...!

¡Qué feliz es Dios...! ¿Quién como Él?